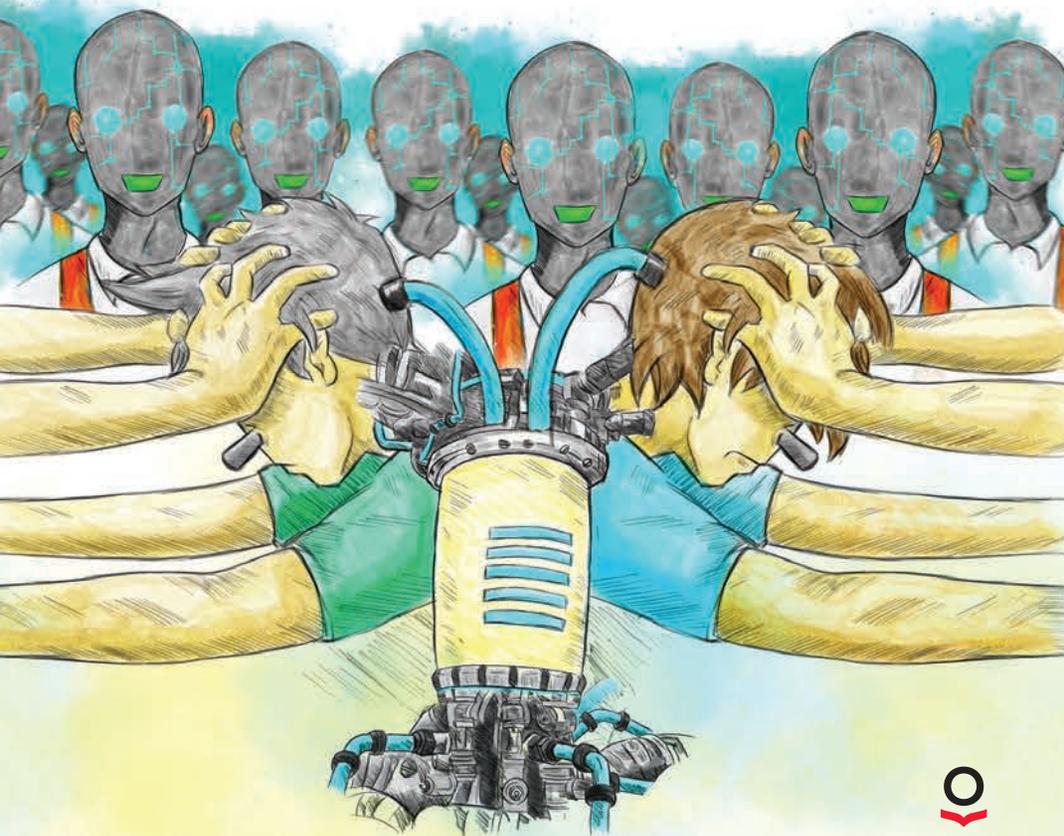


En línea / La paradoja

Diego Ugarte





www.loqueleo.com

Título original: En línea/La paradoja

© 2016, Diego Ugarte

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. A.

26 avenida 2-20, zona 14. ciudad de Guatemala, Guatemala, C.A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

ISBN: 978-9929-723-32-0

Impreso en:

Primera edición: abril de 2016

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

En línea/La paradoja fue escrito por **Diego Ugarte** e ilustrado por **Mynor Álvarez**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago, Alejandro Sandoval, Julio Santizo Coronado** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo y de pruebas fue realizada por **Julio Santizo Coronado** y **Amado Monzón**. Diseño de cubierta: **Mynor Álvarez**. Coordinación de arte y diagramación: **Sonia Pérez**.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En línea/La paradoja

Diego Ugarte

Ilustraciones de
Mynor Álvarez

loqueleg



Al final del juego (tal vez)

Su cabeza era un volcán en erupción. Lucas apenas podía sostenerla entre sus manos. Buscaba equilibrio por momentos. Tropezaba casi con su propia sombra por instantes. Sus ojos eran dos rocas refulgentes queriendo escapar de las cuencas como si fueran meteoritos en dirección a un planeta. Respiraba de prisa, como si el aire estuviera siendo succionado por un agujero negro. Parecía desvanecerse. Trató de buscar la puerta de su cuarto. La turbulencia era demasiada. Su cuerpo tambaleaba. Su cabeza explotaba. El dolor y la náusea crecían como una avalancha. No quería abrir los ojos. Rebotaba. La información rebotaba en cada rincón de su cabeza. Escuchó algunos gritos en el pasillo. Gente corría. Un sonido agudo como aguja queriendo romper un tímpano irrumpía en el ambiente.

—¡Garbi! —gritó.

Algo había salido mal.

Dejó que la luz entrara en sus ojos y sintió que un cuchillo atravesaba sus pupilas.

8 Todavía tambaleante, salió al pasillo. El piso hacía pensar en una pista de hielo. Las paredes y el entorno, en un congelador. Un conducto de aire había caído justo frente a su cuarto y algunos informantes habían quedado debajo. Apenas se podían ver sus piernas. O sus brazos.

Lucas trató de acercarse y de mover un poco el conducto, pero el dolor y la confusión dentro de su cabeza se agudizaban con la rapidez de un tren de alta velocidad.

Desde el suelo, los informantes que estaban vivos trataban de sobrepasar la confusión, el dolor. Otros, en alguna esquina, trataban de calmarse sosteniéndose la cabeza como si trataran de escapar del tornado que sentían dentro.

Trató de concentrarse, de respirar para que el aire llenara hasta el último rincón de sus pulmones. Recostó su espalda en la pared y se dejó caer lentamente, con la misma lentitud



de un gusano muriendo bajo el sol. Cerró los ojos para ver si podía controlar el orden y la rapidez de los sucesos que se proyectaban en su cerebro.

10

Los datos que se acumulaban en su mente caían como fichas de dominó. Un tipo hablaba. Una mujer cantaba. Un tipo subía al escenario a recibir un premio. Alguien huía por un callejón. Alguien había grabado un video. Unas mujeres conversaban. Una chica corría por una vereda. Un tipo hacía una entrevista. La gente encendía sus computadoras. Se comunicaban por todas partes. Más noticias. El tipo de la entrevista respondía miles de preguntas. Alguien daba *play a un video musical*. *Todos comentaban el video*. *Opiniones divididas*. *Alegatos*. *Tendencia*. *Alguien hablaba de las chicas que conversaban*. *Desorden*. *Alguien comentaba un libro olvidado*. *Tendencia*. *Todos comentaban y eran expertos*. *Alguien ganaba dinero con todo el drama alrededor de la publicación*. *Una red sin control y mucha información alimentándola*.

Esto no era lo previsto. Esta no era la información que habían plantado en el servidor principal, pensó.

La información seguía llegando con la misma fuerza del torrente sanguíneo que corre por las venas. Cerraba los ojos y todo volvía a repetirse como si fuera un torbellino.

Lucas volvió a concentrarse. Sudaba. Apretaba los dientes. Dentro de su cabeza comenzó a colocar la información saturada en segundo plano y trató de llenar su cerebro con imágenes de colores vivos.

11

La tormenta se asemejó esta vez a una leve brisa.

Agustí, uno de los tirantes del edificio, se apuraba a levantar a algunos de los informantes. Debía llevarlos al cuarto de carga. Poco a poco ponía de pie a los más críticos, aunque su esfuerzo no era suficiente, sin mencionar que había algunos que no podían ni siquiera levantarse.

—Lucas, ¿puedes caminar solo? —expresó Agustí acercándose y reflejando en su cara un remolino—. ¿Puedes ir al salón?

—¿Dónde está Garbi? —dijo Lucas con el cuerpo temblando.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! Pero necesito que vayas al salón.

—Necesito encontrarla.

—Ya averiguaremos qué fue lo que no funcionó como esperábamos

—¡Necesitamos encontrarla! —gritaba con fuerza Lucas.

—Lucas, entiende, por favor. Hay muchos que necesitan llegar al cuarto de carga. ¡Ayuda!

12 Lucas continuaba gritando. En el fondo, el sonido punzante seguía contaminando el lugar.

Agustí se acercó y lo tomó por el cuello.

—Ahora no.

—¡Claro que sí!

—Ya la encontrarás. Ahora necesitamos ayuda con las otras personas.

Lucas se puso de pie de inmediato y pasó casi atropellándolo.

—¡Lucas! ¡Regresa! —gritó Agustí.

El tirante trataba de mantener la calma, pero veía cómo el dolor aquejaba cada vez más a los demás informantes.

Lucas sorteó a algunas de las personas que estaban en el suelo y quiso tomar una dirección distinta a la del salón, pero sintió cómo Ojo Negro, un informante que parecía tirante, lo tomó por un brazo y lo trajo de vuelta para dirigirlo al lugar de carga.

—*¡Deja de molestar!* —gritó Ojo Negro con una mirada punzante antes de meterlo en el salón.

Correr, pelear y gritar habían casi acabado con sus fuerzas. Moverse ya era un gran trabajo. El sonido hiriente no desaparecía. Ojo Negro lo tomó por el cuello y lo dirigió al lugar en el que ya se acomodaban los pocos que se lograban rescatar.

13

Se recostó en el primer diván que encontró. Los calambres electrocutaban cada músculo de su cuerpo. Era una anguila moribunda añorando regresar al agua. Allí, recostado, observó el salón, pero Garbi no aparecía por ningún lado.

Una voz que invadió la atmósfera anunció que todos tendrían que ser desconectados. Lucas no sabía lo que eso significaba. Eso nunca antes había sucedido. Notó que todos los tirantes tenían una batería de datos recargable en la cintura y que se acercaban rápidamente desde el otro lado del salón. Traían un pequeño aparato en las manos, casi como una linterna. Lo colocaban en la frente de cada informante y, al soltar una pequeña descarga, lo hacían dormir.

Lucas reunió todas sus fuerzas e intentó levantarse, pero ya era muy tarde.

¡Ahora! —dijo Ojo Negro con esa mirada refulgente mientras le daba a Lucas una descarga en la frente.

El mundo comenzó a oscurecerse.



¿Dónde estamos?

—En una especie de cubo —indicó Garbi.

15

Recostada en el sillón, miraba hacia el techo. Su mirada era relajada, como si estuviera viendo el cielo despejado.

—No te creo —dijo Lucas rascándose la cabeza y moviéndose de un lado a otro en un sillón contiguo.

—¡Es en serio! ¡Es una especie de cubo!

—No puede ser. No se siente así.

—Piénsalo bien.

—Bueno, es cierto que tiene miles de cuartos recónditos, sin embargo, no sé, me sabe a algo más.

—Mantiene una temperatura fresca, sin embargo siempre tiene la tendencia a volverse un congelador. Y se vuelve peor todavía si no comentamos toda la información —explicó Garbi.



—Es un pequeño centro de datos.

—¡Eso! Así es el lugar que habitamos.

—¿Has dado vueltas por allí?

—Me he preocupado por conocer lo elemental.

—Quiero saber —pidió el chico.

—Tiene, por un lado, una entrada principal por la que nos mandan toda la información que nosotros procesamos todas las noches y, por el otro, miles de salidas que corresponden a los millones de canales del servidor que transmiten estos datos al mundo de afuera. Toda esa info es la que procesamos y discutimos aquí.

—Supongo que esas salidas son los divanes del salón de carga.

—Exacto. Es por eso que debemos asistir todos los días a comentar la información.

—Movemos la información.

—Así es —reafirmó la muchacha.

Garbi estaba ahora en una postura un poco más seria. Se había colocado viendo a Javier. Su cara ya no reflejaba la paz del cielo.

—Comienzo a pensar que no es un cubo estático —especuló el joven.

—¡Vaya que has puesto atención!

—¿Entonces?

Lucas dejó de rascar su cabeza y también miró directamente a Garbi.

—Nosotros habitamos específicamente una parte circular en medio de todo. Esta parte está en constante movimiento. De hecho, esta parte solo puede recibir información cuando está moviéndose.

—¿Podríamos detenerla?

—Podríamos —Contestó Garbi—. Lo difícil no sería detenerla simplemente, sino hacerlo justo en el momento en que el canal por el cual entra la información todavía esté abierto a causa de la energía que sobra de la inercia y escabullirnos por allí.

—¿Qué tendríamos que hacer? —manifestó Lucas.

—La energía. Toda respuesta está en la energía que producimos.





Recuerdos

Lucas no sabía cuánto tiempo llevaba en el cubo. Tampoco sabía cómo había llegado. De un momento a otro, al abrir los ojos, se encontró en ese espacio de dimensiones gigantescas, interminables, casi como si fuera un laberinto, aunque sin salida. Le molestaba que el lugar tuviera la tendencia a un invierno perpetuo, aunque no tardó mucho en encontrar cómo darle la vuelta a esta situación.

21

De lo poco que sabía de sí mismo, aparte de su esperpéntica apariencia y de su profundo color blanco frente al espejo, era que, según la historia que se encontraba en su hoja informativa, había vivido sus primeros años en un orfanato que se ubicaba al norte de una ciudad, en un bosque. Después había sido trasladado a esta localidad. Era lo único que decía. Nada nuevo para él. De hecho, recordaba muy

bien aquellos días de la infancia. Era el período de los 15 años a la fecha el que estaba totalmente en blanco.

Su rutina de todos los días, al igual que la de los demás informantes, consistía en procesar datos mientras dormía y, luego, a la mañana siguiente, conversarlos con tirantes y con otros informantes como él. No era nada del otro mundo. De hecho, era aburrido. Al terminar la ronda de comentarios, los informantes, desde su diván en el cuarto de carga, se conectaban al servidor principal y dejaban



que este les descargara absolutamente toda la información que poseían. Era como si, por un instante, mientras se desprendían de todo lo que los ataba, una brisa como la del mar soplara sobre ellos suavemente. Sabían que todo esto de lo que los despojaban se conocía en el mundo de afuera como *noticias*. También sabían que tal vez, algún día, conocerían ese revoltijo de cosas y personas que habitaban allá afuera.

23

Su verdadero archivo, el que contenía toda la información de su vida, estaba clasificado y guardado detrás de la puerta frente a la que él se encontraba ahora. Garbi había conseguido la clave de la puerta en una de sus incursiones por la sección de seguridad del servidor principal del Cubo. Esto les permitiría entrar en todos lados. Y si jugaban bien sus cartas, podrían pasar a la entrada principal del lugar, conocido como el punto cero, por donde pasaban los datos que ellos recibían. Solo tendrían que detener el espacio giratorio en el que se encontraban, aprovechar el pequeño espacio energético que quedaba de la inercia que llevaba el círculo y en ese preciso momento in-

troducirse allí como liebres que encontraron su madriguera. Sin embargo antes Lucas debía acudir al archivo general. Tenía que saber quién era él.

Garbi había propuesto que no acudieran al archivo, que no valía la pena revisar lo que allí había, que era más importante llegar a la salida. Pero Lucas se había empeinado y, esa noche, mientras se desconectaba del servidor que les transmitía los datos, se había escabullido para llegar al cuarto de archivos.

Lucas, últimamente, se movía incesantemente por los lugares del Cubo a los que tenía acceso. Siempre andaba de un lado a otro, «buscando», como él mismo le decía a Garbi, con quien ya llevaba un tiempo reuniéndose. Odiaba hacerse el tonto para simplemente resignarse a procesar toda la información que los tirantes les cargaban al servidor. Quería jugar con las imágenes que pudiera proyectar en su mente y no perder el tiempo con todo lo demás.

—¿Otra vez, Lucas? —decía Ojo Negro en cada oportunidad que lo pescaba en el salón de carga sin saber casi nada de la información

que debían comentar entre todos. Lucas despreciaba esos ojos como de cometa en desintegración.

—Estuve ocupado en otras cosas —respondía Lucas sudando un poco y evitando la mirada.

—No creo, la verdad, que estemos aquí para otras cosas —replicaba Ojo Negro golpeándolo en la cabeza.

25

Con el tiempo parecía haberse resignado a pensar que era mejor no hacer preguntas ni comunicarse más allá de la información que los mismos tirantes les proporcionaban, pero esto le provocaba un estado permanente de ansiedad.

—¡Deja! ¡Vuelve al trabajo! —decía Garbi cada vez que lo veía comenzar a temblar mientras estaban en las sesiones informáticas en el salón de carga. A veces incluso colocaba una mano en su hombro para calmarlo.

—No puedo evitarlo —decía Lucas—. Necesito hacer algo más.

De sus días en el orfanato recordaba que le gustaba jugar con imágenes. Lo único a lo que tenía alcance eran hojas y lápices de colores,

así que dibujaba incansablemente representaciones que ni siquiera él mismo podía entender, pero que habían salido de alguna parte de su interior. Los dibujos eran siempre muy coloridos. A veces quien los observaba tenía la sensación de estar frente a una imagen en tercera dimensión. Por supuesto que cada vez que se desprendía de un dibujo, o que más bien las personas que cuidaban el lugar se los quitaban, nunca más volvía a verlos. Y siempre que preguntaba por sus dibujos, las mismas personas respondían que no sabían de qué estaba hablando. Tal vez en ese momento comenzó la ansiedad.



En la búsqueda

Entró en el cuarto de archivos sin hacer ruido. El lugar estaba lleno de columnas con distintas pantallas táctiles. Lucas sabía exactamente a cuál dirigirse, así que no lo pensó dos veces y con el mayor silencio posible se deslizó al lugar donde encontraría sus datos. Solo debía preocuparse después por borrar los récords de visita y de apertura de puertas en el servidor principal y listo: nadie podría enterarse.

27

Comenzó a proyectar los códigos que Garbi había hurtado para ir pasando los anillos de seguridad. Sin embargo, cada vez que intentaba un nuevo código, las pantallas del lugar se apagaban. Volvía a insertar códigos y lo hacía más rápido para llegar hasta el final.

Sus intentos fueron en vano. En cuestión de minutos se encontró en medio de la oscuridad y tuvo que salir tropezando del lugar para

volver a su alcoba, no sin antes observar una sola pantalla que no se había apagado.

—¿Notaste el bajón de energía anoche?
—preguntó Lucas susurrando durante la sesión informática de esa mañana. No sudaba. Una profunda duda se asomaba en sus ojos.

28

Los informantes habían comenzado a llamar *bajones de energía* a los momentos en que los datos no lograban pasar del servidor a la red de conexión que todos utilizaban para comentar toda esa información. Cada vez que sucedían, si no utilizaban las baterías de datos, el frío se apoderaba del lugar.

—Presta atención —ordenó Garbi, también entre susurros, y seguía viendo hacia el frente, como quien no ha perdido la atención—. Dijimos que nos concentraríamos un poco más.

—¿Te diste cuenta o no? —volvió a preguntar Lucas subiendo la voz y tomándola levemente de un brazo.

—¡Shhhh! ¡Cállate! No hubo tal bajón de energía. O por lo menos no en todo el Cubo. Tal vez solo en el cuarto de archivos —respondió ella al tiempo que le guiñaba un ojo.



—Muy graciosa, ¿no?

—Tal vez.

—Sí, tal vez no sea tan gracioso que la energía todavía me alcanzó para ver que todos los informantes tenemos fechas de terminación.

Garbi no pronunció palabra alguna. Su semblante lo dijo todo.



Tengo que saber

En el diván del salón, Lucas soñó que habitaba un espacio que era totalmente blanco. No creía que tuviera paredes, pero daba la sensación de estar en un cuarto. En el sueño paseaba por todo el lugar, aunque pasear por todo el lugar era más bien como dar vueltas en un círculo interminable. No había nada tangible, mucho menos información que comentar. Era como si fuera una burbuja. Cada vez que Lucas trataba de expandirla, esta se iba solo en una dirección y daba la sensación de avanzar en un espacio infinito. Antes de despertar, el cuerpo de Lucas, aún en el sueño, se estiró tratando de alcanzar la luna y se sorprendió al sentir como que una de sus manos atravesaba una pared viscosa y se perdía en la distanci-

Cuando abrió los ojos tenía una batería de datos conectada a su cuerpo. Estúpidos con-



32

troladores, pensó. Estas baterías eran propiedad del Cubo. Si los informantes las utilizaban, podían seguir generando energía para el Cubo y así contrarrestar los bajones energéticos. Eran piezas clave, según los tirantes, para que la subsistencia del Cubo y de los informantes no se viera comprometida.

—¿Crees que puedes conectarte con alguno de los que ya despertaron? —preguntó Ojo Negro con los brazos cruzados, parecidos a dos serpientes de piedra entrelazadas, y con un semblante que parecía que ya no se prendería en fuego.

—No sé —dijo Lucas—. Aún estoy débil.

Su cuerpo flotaba como una cortina que no resiste el viento.

Ojo Negro era confundido por casi todos con un tirante. Era en realidad un informan-

te, igual que Lucas. Sin embargo, desde hacía un tiempo los tirantes lo habían tomado como pupilo. Decían que era el que procesaba datos de manera más adecuada y que, con él de su lado, la energía no se vería comprometida para nada.

—Supongo entonces que tampoco puedes sentir los datos —agregó Ojo Negro.

33

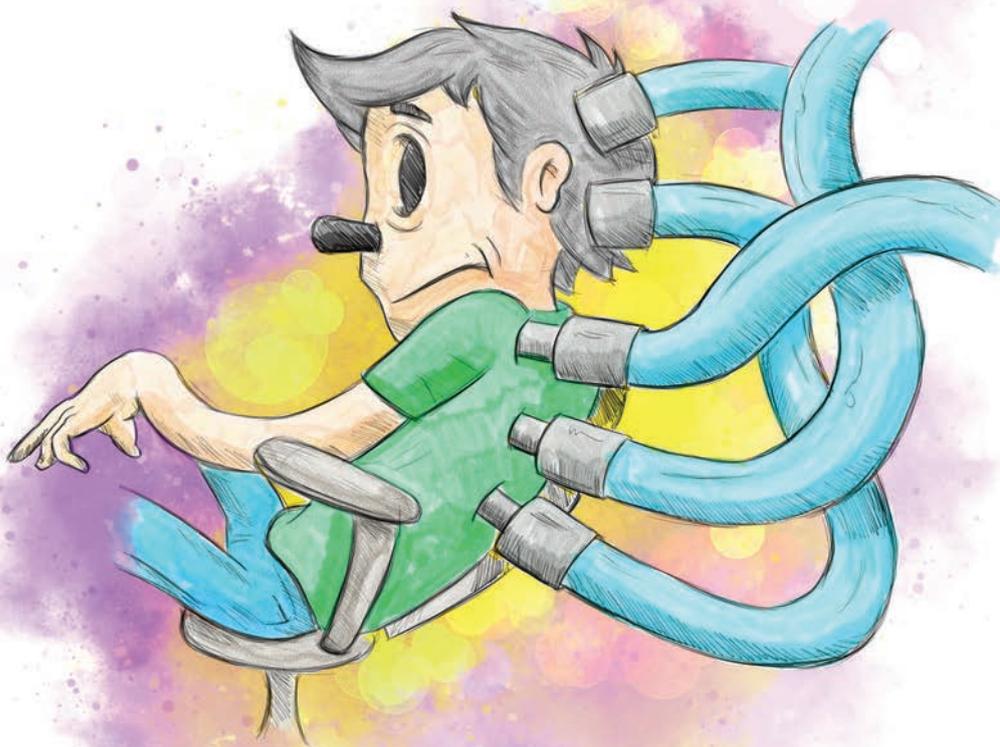
Lucas cerró los ojos, pero no había nada que pudiera procesar.

—Estoy en blanco.

Ojo Negro se acercó. Tenía ese semblante tranquilo, como si no se avecinara una tormenta, como si el cielo negro no fuera augurio de desastre, como si su gran estatura, su forma rellena, su barba que recordaba un arbusto enfermo, su color de mezcla entre lodo y cloro y su ojo negro no advirtieran de la maldad de un monstruo encadenado.

—Aquí tienes conectada la batería —le explicó a Lucas apretando el interruptor para encenderla dentro del cerebro de Lucas.

Este sintió que el aire le faltaba y por un momento experimentó de nuevo la saturación de datos en el cerebro.



—¡Qué haces, idiota! —dijo Lucas a la vez que colocaba su mano sobre su ojo izquierdo, pues sentía que se había encendido en llamas.

—Tranquilo, esperpéntico —respondió Ojo Negro acercándose al oído de Lucas—. También sugiero que te vayas acostumbrando a este salón, a tu nuevo ojo y a no ser tan distinto a mí.

35

Ojo Negro se alejó y volvió por un momento adonde estaban todos los tirantes.

La gran mayoría de los informantes todavía dormían. Lucas sentía como si su ojo hubiese sido colocado en un procesador de basura. Se acercó a los que estaban cerca y notó que parecían despiertos. Trató de hablar con ellos, pero estaban tan débiles que no prestaban atención a las preguntas que él hacía. Parecía como si sus ojos y sus mentes estuvieran en blanco.

Avanzó unos cuantos pasos. Algunos tirantes no podían pronunciar palabra, pero, dentro de lo poco que pudo inferir, notó que nadie parecía recordar la información que había sido transmitida la noche anterior. Tampoco sabían nada de Garbi.

La noche antes del incidente, Lucas y Garbi se habían encargado de interrumpir la programación normal del curso y en su lugar habían colocado imágenes coloridas que evocaban un juego que debía resolverse. Para avanzar en dichos juegos, o para resolver lo que allí se presentaba, no se podía *freír información*. Es decir, cada persona que entrara en el juego debía encontrar o generar nueva información que lo completara y que los condujera a las salidas correspondientes hasta que llegara la hora de despertar. De esta manera, pensaron Lucas y Garbi, acudirían a la reunión en el cuarto de carga llenos de dudas, queriendo resolverlas en lugar de freír datos. Una legión de informantes llenos de dudas y de preguntas en todo el salón confundiría sobremedida a todos los tirantes. A pesar de haber sido una de las noches más cargadas de estudios, el trabajo había sido fácil. Nadie en el servidor podría notar que todo había sido reemplazado por un juego. Garbi había creado un programa que serviría de pantalla mientras el juego que ellos habían introducido se deslizaría en las mentes de todos los informantes.

Después de la recarga normal de datos, cada quien podría ir a su habitación. Todos descansarían y esperarían para dormir y luego comenzar un nuevo día. Aunque en el ínterin se les ocurriera algo distinto, como ir a la biblioteca en los casos de Garbi y Lucas, de todas maneras estarían todos listos para usar el servidor a la misma hora en que se les requería conectarse para recibir su ración de datos. Esperaban poder procesar y comentar durante toda la noche y la madrugada. Esto evitaría el frío y pondría el cubo informático a trabajar de la mejor manera. Con suerte, el juego reemplazaría esa forma de generar energía. Y sembraría dudas en el ambiente.

Al otro lado del salón de recarga, los tirantes hablaban con cada uno de los que despertaban. Preguntaban qué habían visto antes de comenzar a revisar información, qué datos recordaban, si habían tenido la oportunidad de discutir la información que estaba en la batería que les habían dado el día anterior y, si

así había sido, qué otra cosa habían discutido aparte de las discusiones acerca del material cargado. Nadie preguntó por ningún sueño.

Algunos se acercaron a Lucas.

—Prefiero no hablar.

Nadie objetó nada.

38 Agustí se había esfumado. Había estado allí, ayudando a los demás, pero ahora no se lo veía por ningún lado. Lucas no pudo evitar temblar. Su ojo parecía sacar chispas por momentos. Comenzó a respirar como si hubiese terminado de correr por un desierto. No podía cerrar los ojos. *Allí* adentro lo esperaban los datos de la batería cayendo como catarata.

En el último mes los bajones de energía se habían intensificado, pero nunca había sucedido mientras dormían, aunque por el momento nadie parecía atribuir esta situación a ninguna otra circunstancia. Pero algunos no tardarían en hacerlo.

Lucas caminó un poco. Buscó a Garbi. Observó a los que dormían, tenían un semblante descompuesto. Esto era como si dentro de sus cabezas se desarrollaran batallas que los trasladaran a mundos insoportables.

—¿Te has dado cuenta de que ningún día nos dedicamos a crear? —preguntó Garbi, cuya mirada se perdía como si la chica pensara en un mundo lejano cada vez que reflexionaba.

Lucas y ella recién habían recargado datos. Y sin Garbi, el día se habría hecho terriblemente insoportable.

—Sí, por supuesto —contestó Lucas estirando su cuerpo como si estuviese atrapado en una telaraña irrompible.

—¿Por qué crees que nadie dice nada?
—cuestiona ella de nuevo.

—No tengo idea.

—Todos los días creemos que nos acercamos al mundo con esa información que procesamos —agregó—. Quién sabe adónde irá a parar después de que nosotros la cargamos al servidor.

—Bueno, tenemos las ideas, ¿no? —dijo Lucas—. Eso es algo. Quizá es mejor que nada.

—No seas tonto —dijo Garbi—. No estamos haciendo más que freír información.

Garbi reflejaba la intensidad del sol en el cielo cuando hablaba acerca de ya no freír información. Por alguna razón contagiaba eso de no estar recibiendo datos y comentar entre todos lo mismo: que si viste esta noticia, que si te gusta esta tipa con el pelo de esta manera, que si este pequeño tiene una opinión del mismo cabello o de otra noticia, que si esta pequeña habla de los libros electrónicos aunque nunca va a la librería que tienen en el Cubo, que si esto, que si lo otro y que seguimos dando vueltas dentro del mismo laberinto sin salida, sin proponer nada nuevo, sin ser parte el origen de todos estos datos.

Lucas recordaba la conversación que había tenido con Garbi el día antes del apagón. Ella estaba mucho más segura que él de llevar a cabo el plan. Sabía que él había sido el que había apresurado el proceso. De todas maneras, la que siempre había estado detrás de todo era ella. Él solo sentía miedo de no saber qué pasaría con ellos cuando llegara su fecha de terminación, como se especificaba en sus hojas de vida.

Lucas se acercó a un tipo que estaba en un diván cercano y parecía dormir. Se veía un poco más cómodo que los demás. Los tirantes no prestaban atención. De momento estaban revisando a un chico que, con los ojos cerrados, emitía sonidos como de una hiena hambrienta.

—Lo siento —manifestó Lucas al oído del chico que dormía, cuyos ojos se cerraron como si nunca más quisiera ver la luz del día.

41

Apretó fuertemente el cable de la batería que tenía conectada hasta provocar un chispazo. El chico saltó como si una descarga completa hubiera invadido su cuerpo. Sostuvo su cabeza.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó Lucas, él mismo también un poco asustado.

Los tirantes llegaron apresuradamente. Preguntaban qué pasaba mientras atendían al chico. Se colocaron alrededor y comenzaron a revisarlo. Lucas aprovechó el momento y salió corriendo por la puerta principal.



Días antes del juego final

Un día después de revelar a Garbi la información que había encontrado en el cuarto de archivos y de haber cargado ese refrito informativo en el servidor, Lucas caminaba de regreso a su alcoba.

—¡Energía! —decía Lucas—. Garbi tiene razón.

Todos los días era lo mismo. Entretenimiento (normalmente lo que menos les aburría): deportes. Un tipo corre y gana miles de premios. Ciencia. Un laboratorio encuentra una pastilla que lo hará vivir más de cien años. Miedo. Una niña corre sin la supervisión de sus padres y se atraviesa una calle congestionada. Comicidad. Un video sobre un niño que corre por un lugar con piso resbaladizo y se cae, otro niño que le cae encima y uno más que se ríe y no se da cuenta de que alguien

viene tropezando atrás y lo pasa arrastrando hasta caer encima de todos los que ya están en el suelo.

Recordaba las conversaciones con Garbi.

44

—Piensa en las baterías de datos —lo apremiaba Garbi a la vez que agitaba sus brazos como si fueran rayos en el aire—. Estas te permiten ver problemas que se han visto en muchas situaciones pasadas: guerra, arte, personas, sociedades. Pero no te permiten crear nada nuevo. No tiene sentido que las utilicemos. Ni siquiera durante los bajones de energía.

—Tiene sentido solo para mantener vivo el lugar, nada más. A nosotros no nos dejan nada —decía Lucas al tiempo que agachaba la cabeza.

A sus casi 18 años de edad, el ambiente comenzaba a exasperarlos. Sus interacciones y sus aportes eran limitados. Siempre eran algo del tipo «comenten». Comenten. Comenten. Comenten. Comenten. Comenten. Comenten. Nadie podía proponer un tema ni dar una noticia. Todos comentaban lo que ya existía, lo que otros habían hecho.

—¿Qué es para ti crear? —le preguntó Lucas a Garbi recuperando el aire y tratando de esbozar una sonrisa.

—Tiene que ser algo más allá del refrito informativo al que todos estamos acostumbrados. Crear, pienso yo, debe quitar ser algo de todos los días, y no un premio de graduación para el más inteligente del internado. Menos si ese *inteligente es Ojo Negro* —contestó ella.



El tiempo se acorta

Garbi se descubrió a sí misma apretando los ojos. Hacía su mejor esfuerzo por bloquear la información que se acumulaba automáticamente dentro su base de datos y que luego se transmitía a su cerebro. Con el tiempo, después de mucho trabajo, había aprendido a poner a trabajar esa información en segundo plano mientras ella se dedicaba a pensar en cosas totalmente nuevas.

47

Tampoco recordaba cómo había llegado al Cubo. No obstante, a diferencia de Lucas, no tenía memoria de eso que él llamaba infancia. Claro, en algún punto, pensaba ella, tendría que haber atravesado esa fase, pero no tenía ningún recuerdo. Podría decirse que cuando despertó en el Cubo experimentó un sentimiento parecido a lo que para un ser humano sería nacer.



Tenía algunas imágenes difusas dentro de su mente: ella moviéndose por alguna ciudad, caminando entre callejones, y gente ruidosa que la hacía moverse para todos lados y se interponía entre ella y su tranquilidad. Eventualmente, en esos recuerdos, se sentaba frente a una computadora y comenzaba a teclear compulsivamente. Creaba algo que, justo antes de volverse borroso, la conectaba con algún lugar.

Sabía que todos eran responsables de la energía que mantenía vivo el Cubo. Los signos eran claros. Cada vez que ellos no podían trabajar con la información que se les daba, el frío se apoderaba del lugar y de todos los seres vivos que allí habitaban. Era en esos momentos cuando los tirantes entraban con sus estúpidas baterías.

49

Para comprobar sus teorías comenzó a quedarse sin procesar la información que se le proveía por las noches. En las reuniones casi no opinaba y cuando tenía que cargar datos pasaba cualquier información. Al cabo de una semana, sus ojos parecían resquebrajarse. Y allí, en ese instante, se concentró en su cama y en pensar situaciones distintas: en cuadros, en textos, en números que no tuvieran nada que ver con la información que les era proporcionada. El resultado: el calor volvía al cuerpo.

Lo discutió con Lucas.

—Según la batería de datos, todos somos parte de un programa de superdotados que fueron colocados específicamente aquí para poder controlar el flujo de información que luego se vende dentro del mundo humano. Al

graduarnos seríamos parte del programa que dice qué está bien y qué está mal. Y el mejor de nosotros podría salir y vivir en el mundo —reveló Garbi.

50 —Y ayudaríamos a que tanto las personas comunes y corrientes como los que estamos aquí podamos vivir en paz y armonía —decía Lucas riéndose sarcásticamente, acurrucado en un sillón.

—Siempre me había parecido muy pobre, aunque esa sea la *verdad absoluta* que se lee dentro de la batería de datos —consideró Garbi.

Sus brazos estaban cruzados ahora.

—Tú y yo sabemos que no es así, que hay algo más —dijo Lucas.



El lugar del silencio

Los bajones de energía ya eran una cosa del día a día.

51

Garbi se dirigió a la biblioteca. Este lugar tenía la apariencia de una pequeña circunferencia. Aunque no había libros físicos, había suficientes dispositivos electrónicos y suficiente información como para pasar una vida entera leyendo. El único truco para estar adentro era desconectarse, y era esa la razón por la que casi nadie iba. Todos preferían tener la información directamente dentro de sus cabezas. Así, conectados, casi no se veían las caras ni se molestaban en buscarse. Simplemente todos estaban conectados al servidor y desde sus cuartos, o desde cualquier lugar, podían hablar: que si alguien vende un artículo en Internet; que si una revista en línea dice qué cosas es bueno comer; que si al-

guien sube un video diciendo qué ejercicio es el mejor para estar en forma; que si alguien comenta secretamente en sus redes que está enamorada o enamorado de alguien y que sufre porque el mundo es un lugar difícil; que si alguien presume de todos los conceptos que tiene dentro de su cabeza, pero su mamá no le da permiso para salir a jugar a la calle y, aun si se lo diera, tal vez nadie querría jugar con él; que si algo sucede en un rincón del mundo y que si algo sucede en el rincón opuesto; que si un tipo famoso comete un error en público; que si ha muerto gente en alguna tragedia o catástrofe nacional; que si lo mismo le ha pasado a gente de otro país; que si alguien habla de deportes; que si alguien dice que no hablen de eso, por favor. Cada quien, en su cuarto, siente como si sus ojos giraran cual torbellino dentro de sus cuencas y sin más acción que el movimiento de los dedos, tal vez como si estuviesen tecleando en un computador, pero simplemente están en sus camas, inertes, abstraídos o invisibles.

Llegó y se deslizó por alguno de los pasillos. El lugar era inmenso, como si fuera un

cuarto con miles de espejos alrededor reflejando todo al infinito. Tomó un libro electrónico de historias que, conforme se avanzaba en su lectura, se volvían un juego con múltiples posibilidades para un final.

Para Garbi era un día más, un tanto solitario, como era lo usual durante los bajones de energía. Los informantes tenían que cargar, al menos por unas horas, sus baterías de datos. Garbi investigó si este armatoste que se pegaba a su cuerpo era capaz de encontrar datos de la Edad Media y si así podría familiarizarse un poco más con dicha época, pero lo único que encontró fueron noticias del siglo XXI. Tampoco podía dejar mensajes en la red común porque no estaban conectados. Y no podrían estarlo hasta que la energía volviera.

Esa fue la primera vez que Garbi observó a Lucas. Estaba acurrucado a lo lejos, en uno de los sillones: dormía. A Garbi le pareció raro porque, con los bajones de energía, el frío se apoderaba del Cubo, y más de la biblioteca, y Lucas solo tenía un traje, el de siempre. Ella, para que nadie notara nada, llevaba una frazada, pero no podía esperar para quitársela.

Lucas estaba profundamente dormido. El pelo caía sobre su cara, y su cuerpo apenas había acurrucado en el sillón. Era un tipo largo, delgado, de apariencia frágil. Frente al sillón tenía también un libro electrónico. Se notaba que todavía estaba encendido.

54 Garbi se acercó lentamente y tomó el dispositivo. Quería saber qué había en esa pantalla.

—¡Fuera todos! ¡Fuera todos! —gritó Lucas levantándose de golpe del sillón. Tenía cara como de haber visto un fantasma.

Garbi dejó caer el libro en el suelo. Un ruido estrepitoso se regó por la biblioteca.

—Deberías tener más cuidado —refirió Garbi recogiendo el dispositivo electrónico y tratando de parecer calmada. No quería ver a Lucas a los ojos. No quería que se diera cuenta de que se había ruborizado.

—Creo que tú eres la que debería tener cuidado, ¿no? —dijo Lucas—. Sin mencionar que no deberías tomar las cosas de los demás.

—Claro, principalmente cuando las cosas que leen los demás son aburridas.

Garbi colocó el libro en la mesa frente al sillón y se dio aire para pasar la vergüenza.

—No creo que una novela gráfica sea aburrida. Y menos en este dispositivo. Además, esta historia tiene la particularidad de tener varios protagonistas y de que cada uno tiene distinta resolución para el final —explicó Lucas, quien a continuación se compuso el pelo y se lo colocó detrás de la cabeza.

—Aburrido —reafirmó Garbi.

55

—¿En serio? Está ilustrada por alguien que no conoces.

—Yo conozco todo.

—Seguro. Principalmente porque conoces a este autor y este tipo de gráficas.

—No creo que podamos discutir —dijo Garbi moviendo la cabeza y viendo hacia el techo, como buscando alguna respuesta—. No me gustan esas novelas.

—No sé si sea para discutir. Simplemente me divierte —dijo Lucas—. ¿Tú qué traes allí?

—Nada. Un dispositivo de filosofía —contestó la chica.

—¿Segura? —preguntó él entre risas.

—¿No crees que deberías ponerte una frazada? Hay demasiado frío.

—Puede ser.

—¿No crees que sería conveniente, más aún con tantos bajones de energía?

—¿No crees que no deberías hacer tantas preguntas? —dijo Lucas tratando nuevamente de componer el cabello que caía en su cara—. Tú no te ves como que necesites la frazada, ¿no crees?

56

—¡Qué vas a saber tú! —expuso Garbi, que recuperó su color rojo, pero esta vez a causa de lo molesto que le parecía Lucas.

—Pues no sé. Tal vez solo lo poco que veo. Y eso poco que veo dice que aquí, en este cuarto que fue diseñado para que nadie pudiera estar por mucho tiempo porque eventualmente se muere del frío, tu cara roja parece no necesitar la frazada.

—Es mi color normal.

—¡Qué va! —dijo Lucas, cuya risa burlona ya era inconfundible.

—Suerte con ese libro tan interesante —dijo Garbi dando la vuelta para irse.

Garbi salió precipitadamente de la biblioteca. Sabía que sí, que de hecho no tenía tanto frío. Y ahora este tipo lo sabía. O parecía haberse dado cuenta de algo. Ella sabía el por-

qué de su situación, pero, claro, también le gustaría averiguar por qué este tipo se parecía a ella. ¿Podría él colocar la información en segundo plano también? Curioso. No solo no tenía tanto frío como ella, sino que también tenía mucha más energía. Se quedó algunos minutos pensando en el pasillo. Cerraba los ojos por momentos, sin querer, y se encontraba con esa información refrida de la batería. Regresó a su alcoba pensando que de alguna manera tenía que averiguar qué sucedía con este tipo de la biblioteca.

Lucas volvió a sentarse en el sillón. Había soñado ya, por un par de horas, con las imágenes que creaba cuando niño. De hecho, cada vez que las soñaba podía manipularlas y prácticamente pintar nuevas imágenes que luego recordaría y que nadie podría quitarle.

—Qué raro, ¿no? —se dijo—. No creí que alguien más pudiera evitar el frío.

Claro, era interesante encontrarse con la chica, pero había algo más que debía terminar.



Se dedicó entonces a la novela gráfica. Podía escoger entre distintos tipos de personajes, y cada uno de ellos comenzaba en una parte distinta de un reino ubicado en la parte más fría de un mundo lejano. Con el primer personaje llegó hasta unas 10 páginas antes de tomar una mala decisión, de manera que en la página siguiente murió en las garras de un dragón. Sucedió casi la misma historia con cada uno de los personajes con que se topaba. Claro, cada uno de ellos era distinto. Con el caballero rebelde fue con quien más avanzó. Casi siempre caí en lo mismo, pero, curiosa-

mente, mientras más capítulos leía y más historias imaginaba, menos frío tenía. Esto de seguro le daría más tiempo para volver a tomar una siesta después y no tener que portar la batería. Cada vez que moría regresaba a la primera página y trataba de encontrar la manera de librarse de los peligros.

Terminó después de algunas horas. No quiso voltear a ver totalmente, pero la chica que acababa de conocer lo observaba desde un pasillo cercano. Tal vez nunca se había ido de la biblioteca. Se dirigió a su cuarto. Necesitaba recostarse.



Un tipo alto, algo desorbitado

Esa noche no hubo ningún tipo de información. Lucas decidió solo dar lecturas rápidas a los datos en su batería para tener algo de qué hablar al día siguiente, lo cual le produjo un poco más de calor. La recomendación de los tirantes fue que por lo menos repasaran los datos que más les provocara, aunque no hubiera acceso a nueva información. Antes de cerrar los ojos pensó en la razón por la que la chica de la biblioteca no pareciera necesitar su batería de datos y no tuviera mucho frío.

61

A la mañana siguiente, Garbi se vio al espejo por primera vez en dos días. Parecía como si hubiera perdido peso. Se miraba más delgada de lo normal. Su cabello parecía haber



crecido un poco. Seguía oscuro y casi hasta los hombros. Observó los trajes que siempre utilizaban en el Cubo: ajustados como empaques de salchicha. Pensó que eran extremadamente ridículos. Luego pensó que tal vez podría haber perdido un par de centímetros, pero no: seguía arriba del promedio. Le preocupaba que, cuando se ponía a pensar y dejaba de lado la información del Cubo, se olvidaba de comer. Y a la larga no padecía de frío, pero no se sentía muy bien.

Salió al comedor. El lugar era inmenso y casi no reconocía a la totalidad de los informantes aunque llevara allí mucho tiempo. Para su sorpresa, no había muchas personas en el sitio. Eran las 7 de la mañana y a esa hora ya todos estaban listos para comenzar el día. Supuso que la mayoría estaba sin tantas energías, como era lo usual.

—¡Hey! ¡Por aquí! —dijo Balpep invitándola a sentarse.

Balpep era un chico que parecía siempre tener un taladro dentro de la cabeza y un riachuelo a punto de salirse por los ojos.

—¡Hola! ¿Cómo están? —saludó ella con ese semblante apurado que ya comenzaba a ser parte de su día a día.

—Nada. Aquí platicando de la batería —respondió Monal.

Monal se caracterizaba por *saberlo todo*. Era como una especie de discípulo de Ojo Negro. Claro, sabía todo lo que podrían encontrar en cualquiera de las baterías.

—¿Cómo les va con eso? —preguntó Garbi.

—Bastante bien —respondieron todos con unas caras de felicidad que se asemejaban

a un montón de niños en una fiesta de cumpleaños—. Hemos repasado todo lo que nos viene más de una vez.

—¿No sienten nada extraño? —*La verdad, no* —contestó Monmar, una chica pequeña, con el pelo largo hasta los tobillos, que afirmaba saberlo todo acerca de la música—. Estamos bien. No tenemos tanta energía como normalmente deberíamos, pero se lo estamos atribuyendo a la fuerza del apagón.

64

—¿Apagón? ¿Es así como lo han llamado oficialmente?

—Claro. ¿De qué otra manera lo podríamos llamar? —dijo Rifab, un tipo grande y gordo que creía ser como uno de los poetas que a veces encontraban en la información refrita.

—No importa. Perdonen. Creí que solo era yo —se justificó Garbi—. ¿Alguien de ustedes ha visto a un tipo alto, algo desorbitado?

—¡Qué gran descripción dentro de tanta gente! —dijo Balpep casi al borde de las lágrimas o tal vez solo en estado normal.

—No —contestó Rifab haciendo como que declamaba.

—Bueno, ¿por qué no pruebas a buscarlo en la biblioteca? —dijo Monmar con esa voz chillona que siempre quería sonar graciosa.

—¡Ah! Supongo que tú sí lo conoces, entonces —dedujo Garbi.

—Pues no exactamente, pero... he visto a alguien así por allí.

—Está bien. Gracias. ¿Alguien quiere venir conmigo?

—Gracias. Estamos bien aquí —dijeron todos en grupo—. El viaje nos agotaría mucho.

—Entiendo.

Ojo Negro esperaba en una esquina. Había estado esperando ya mucho tiempo para poder hablar con Garbi. Notaba algo raro en ella. Le atraía. Pero también sabía que no estaba bien que estuviera tan apartada del resto de los informantes.

—¡Garbi! —gritó cuando la vio caminando a lo lejos.

Garbi lo despreciaba. Era un estudiante como todos, pero al mismo tiempo protegido por los tirantes. El tipo era un prepotente.

—¡Qué quieres!

—Un hola vendría bien, ¿no?

Ojo Negro había cambiado a un tono más amigable.

—Ahora no tengo tiempo.

Garbi extendió sus brazos para tratar de alejarlo.

—Solo quería saber si estabas bien. No te he visto mucho últimamente. No sé dónde te la pasas la mayor parte del tiempo.

66

—¡Pues por ahí!

—Está bien. Está bien. Calma.

Garbi intentó caminar y pasarlo de largo.

—Oye, ¿qué tal la batería? —preguntó Ojo Negro obstruyendo el paso.

—Pues... todo bien.

—Déjame ver.

Ojo Negro trató de abrazarla.

—¡Suéltame!

—¿Por qué no la llevas encendida? —cuestionó Ojo Negro mientras encendía el aparato

—¡Imbécil!

—Ten más cuidado a la próxima, ¿OK?

Garbi se alejó a toda prisa. Sus ojos estaban húmedos. Quería gritar.

No había nadie en la biblioteca. Todo estaba en orden (o por lo menos eso creía la chica). Buscó encima de las mesas, pero no encontró nada. Se dirigió entonces a la sección de libros de aventuras. Buscó el libro que le había visto a Lucas. Estaba de último en la estantería. Lo tomó y lo llevó consigo en busca del sillón más cómodo. Se sentó en uno de los que estaban un poco escondidos (o por lo menos donde creía que ningún tirante o informante podría verla). Pasó a la página en la que se seleccionaba al personaje. Eligió al caballero de la mesa redonda. No sabía muy bien de qué iba la cosa, pero pasó a la siguiente página. En la parte de abajo, escrito como si alguien pudiera jugar con el mismo texto y con letras distintas, decía: «Suerte, aunque no creo que sea la opción correcta. Espero que no te dé mucho frío mientras encuentras el camino. Te espero al final. Si fallas, el libro se destruye».

Una tarjeta de batería de datos se encontraba pegada al libro. Solo le quedaban dos horas de vida. Si no son recargadas y no están pegadas a uno de los informantes, se deshacen, quizá, todo lo que esté cerca de ellas.

—Está bien —resolvió Garbi a la vez que tronaba sus dedos—. Puedo jugar.



¿Jugamos?

Lucas pensó toda la noche en la situación que tenía enfrente. Durante mucho tiempo había estado resignado a casi ni cruzar palabra con las personas del Cubo. Un hola, un buenos días, un hasta luego, un buenas noches: eso era todo. Claro, aparte de lo que había que discutir y memorizar y casi repetir como desquiciados en cada sesión de la mañana. Era tanta la gente y tan poca la probabilidad de que pudiera encontrarse con esta chica que parecía estar en la misma sintonía que él. Podrían colaborar los dos de alguna manera. «Todos necesitamos algo», pensó. «Todos, absolutamente todos, sin ninguna excepción».

Su única molestia dentro del Cubo, más allá de haber encontrado sus récords y de no saber cómo había llegado a parar allí, era Ojo Negro. Este tipo era un estudiante que lleva-



ba, por así decirlo, mucho más tiempo que él dentro del Cubo. El tipo era una eminencia. Siempre estaba al día con los datos. No se le pasaba memorizar nada. Creía que nadie podía contradecirlo, opinar diferente que él, forzarlo a revelar datos o hacerlo mandar algún dato incorrecto al mundo de afuera.

Lucas sentía que cada vez que cruzaba miradas con este tipo las cosas iban a terminar mal. No sabía si tan mal como esa última información del mundo de afuera en que algunas personas se encierran a pelear en una jaula, pero de seguro llegarían por lo menos a un

intercambio de palabras: que si procesas más información por segundo, que si memorizas mejor y más rápido, que si es el protegido de los tirantes. De verdad le desagradaba. Y más le desagradaba que lo llamara «esperpéntico». Todavía no se atrevía a contestarle a Ojo Negro y decirle que tenía cara de sartén. O que su nariz bien podría pasar desapercibida en un lugar en el que vendieran picos de cóndor. O que su cabello parecía como si la grasa del mundo se condensara en él.

Era un tipo desagradable pero seguro y con la autoestima por los cielos. No había forma, creía Lucas, de bajarlo de allí.

«Si va a funcionar, tiene que ser a la primera», pensó mientras reparaba en lo inusual de su encuentro con aquella chica.

Lucas sabía que no tenían nada más en común que el momento en el que ella le había botado el libro. No había amigos en común. No había información en común. Nunca se habían visto. Así pues, el lugar lógico para volverse a ver sería la biblioteca.

Las cosas no deberían ser fáciles, claro. No había por qué ir y platicar de toda su vida

como si no hubiera un mañana. Había que apresurarse. Los bajones de energía estaban siendo todos los días, normalmente en la mañana, después de que todos habían tenido la respectiva charla. Lucas sabía que las baterías de datos necesitaban estar pegadas al cuerpo del estudiante o de lo contrario comenzarían a quemarse. De hecho, a todos se lo habían advertido en una charla la primera vez que comenzaron a utilizarlas. La chica, según se podía inferir, debía ser muy consciente de ello también.

Al despertar, Lucas se dirigió rápidamente al salón de carga. Esperó en la entrada, pero notó que la chica no aparecía. Eran las 6 de la mañana. Tampoco había ningún tirante. Se adentró en el salón y tomó una de las baterías. La conectó a su cuerpo para activarla y luego la separó. Inmediatamente la batería dio un aviso de que, si no era conectada nuevamente en dos horas al mismo cuerpo, se autodestruiría. Caminó a la biblioteca. Al entrar, su

mente automáticamente fue desconectada del servidor principal. Buscó el libro y le colocó la batería en la parte de atrás. Esta volvió a dar el mismo aviso: debe ser conectada otra vez al mismo cuerpo que la activó en no más de dos horas. Entró en la programación del libro y colocó un par de comentarios en el personaje que sabía que la chica escogería. Un tanto predecible esta chica, se dijo. Luego se escondió en el segundo nivel del lugar. La muchacha se presentó alrededor de las siete de la mañana.

Tanto tiempo en este lugar y no podía creer que algunos tuvieran la idea de salir, de buscar otras cosas. Para él era tan claro. Aquí en el Cubo tenían todo, absolutamente todo. Solo se requería de ellos un poco de entusiasmo para compartir información, comentarla y relacionarlo todo entre todos.

—Lo que hacemos es darles un pequeño regalo a los pequeños de mente —había dicho Ojo Negro alguna vez en las sesiones de recarga, con ese semblante inquebrantable.

Era lógico. Para Ojo Negro era lógico. Nadie podía escapar. Nadie podía intentar nada nuevo que comprometiera las opiniones acerca de la información ajena.

«Por ejemplo, tomemos el día en que reconocí a ese esperpéntico», se dijo. «Ese día el tipo había estado temblando durante toda la sesión. Se discutía un suceso importante para el mundo de afuera, y el tipo lo único que podía hacer era temblar».

Ese día Ojo Negro se acercó para llamar a Lucas al orden. Pero al hallarse a la par de él notó que el chico se encontraba en otro mundo, que no estaba allí con ellos, que pensaba en algo más. En esa oportunidad Ojo Negro arremetió contra Lucas y, golpeándolo fuertemente en la espalda, lo hizo despertar. No contaba con que, al estar muy cerca viendo qué pasaba con el semblante de Lucas, este, al despertar, debido al duro golpe, le escupiría en la cara.

—¡Uy! Lo siento —había dicho Lucas sin poder ocultar la risa.

Durante sesiones enteras tuvo el ojo puesto en el ser esperpéntico. Trataba de ser fuerte

mientras los tirantes estaban viendo, pero, al estar solos en algún pasillo, en la sala de estar o en cualquier otro lado, no solo se metía con él, sino que también le hacía ver que siempre sería vigilado y que un pequeño golpe no estaba nunca de más.

Aun así, teniendo el poder en sus manos, Ojo Negro no dejaba de tener las peores sensaciones cada vez que lo veía. Era absolutamente irracional.

El colmo había sido el último día. Ojo Negro había seguido secretamente a Garbi. Había tenido mucho cuidado de no ser visto y de que nadie notara su comportamiento raro. Si estarían todos para siempre en el Cubo, él quería comenzar a aprovechar la eternidad del tiempo y compartirlo con ella.

Pero parecía que Garbi siempre lo evitaba. Y ahora, desde un pasillo de la biblioteca, también parecía que Garbi sí podía ser amigable con las personas, pero tal vez no con las correctas.

Garbi notó la batería en el libro. Le quedaba una hora. Nadie podía decirle qué personaje estaba bien escoger, así que comenzó. El caballero que había seleccionado tenía como misión salvar al pueblo del dragón. La misión no era tan sencilla. Los aldeanos y las demás personas no estaban en contra del dragón. Más bien le daban ofrendas y hacían lo que fuera por complacerlo.

Avanzó algunas páginas de introducción. El juego le parecía aburridísimo, aunque las gráficas del libro no estaban nada mal. Primera decisión: «Dé vuelta a la página si cree que el caballero debe ser cauteloso y comenzar a averiguar qué siente la gente y por qué sigue al dragón. Vaya a la penúltima página del libro si piensa que sería mejor convencer a la gente de oponerse al dragón mediante un discurso. Considere que el caballero tiene dotes para la oratoria».

—¡Qué asco de juego! —dijo Garbi mientras iba a la última página del libro. No podía esconder las gotas de sudor en su frente.

Al ir a la última página se encontró con la imagen del caballero siendo vapuleado con

piedras, escobas, pedazos de madera, ollas de agua caliente... La gente le tiraba de todo por atreverse a cuestionar a la autoridad suprema, el dragón. En la siguiente página, en la última, el caballero estaba atrapado en un calabozo en el castillo del dragón. «Por favor, vuelva a comenzar».

—¡Hombre estúpido! —exclamó mientras veía que le quedaban 45 minutos. Más gotas de sudor corrían por su cara.

Volvió a la página introductoria y tomó al ladrón. Parecía que lo que el pueblo necesitaba era un pícaro, un tipo que se supiera las artimañas para luchar desde el lado oscuro sin ser notado, a manera de infiltrado, en un lugar en el que parece que nadie, absolutamente nadie, quiere justicia.

Tres páginas, y el tipo se había vuelto fiel servidor del dragón. Tenía hasta una nave que le permitía volar a la par del dragón mientras este salía a comerse a uno de los aldeanos. Incluso quiso proponer que él se ocupara de una parte del pueblo para que el dragón tuviera menos carga. En la página siguiente había una imagen del dragón sobándose la panza

luego de comer y con la ropa de un aldeano en una de sus garras.

78

Garbi reía a carcajadas. El juego no dejaba de parecerle tonto, pero las imágenes le parecían muy divertidas. Otros quince minutos, y media hora restante. Eso no le hizo tanta gracia. Bien. Quedaban muchos personajes por utilizar, pero se decidió por una mujer que estaba vestida con una armadura y que tenía un arco.

Rápidamente se posicionó en medio del pueblo. Pudo identificar líderes y fue avanzando páginas mientras lograba hacer alianzas con algunos y eliminando a otros. Se escondió cuando pudo y avanzó sin miedo cuando fue necesario llevar ofrendas al dragón.

Cada vez que era día de ofrenda procuraba llevar los mejores frutos del pueblo y a uno que otro aldeano que a juicio de ella no hacía las cosas bien. Entre saltos de páginas, Garbi notó que poco a poco llegaba a las finales. Ya sabía que las últimas dos estaban cubiertas, así que sabía que la meta estaba próxima a aparecer. Cinco minutos en el reloj. El dragón invita a la mujer al castillo y le propone que

lo ayude a dominar el reino. Ella va al casti-
llo, y Garbi siente que «casi casi» puede ganar
este juego. Última decisión que tiene que to-
mar: «Si decide que acepta el reino del dragón
y se une a él, pase una página. Si decide que
debe acabar con él y finalmente liberar al pue-
blo, avance tres páginas». Sabe que no todo es
tan fácil, de manera que toma el camino que
la conducirá a unirse al dragón. En la siguien-
te imagen, el dragón se ha convertido en un
príncipe y le promete el reino entero. Dice que
ha sido un alma atormentada, pero que aho-
ra, con ella a su lado, hará lo posible por cam-
biar. Luego le dice que a veces lo posible no es
suficiente y que le dio hambre. La siguiente
imagen es la del dragón otra vez sobándose la
panza, con la armadura de la mujer colocada a
la par de las ropas del ladrón.

79

—¡Estúpido, estúpido, estúpido! —gritó-
Garbi, ahora sudando bastante y somatando
el libro contra la librería.

Dos minutos en el reloj.

—¡Qué diablos sucede!

Ha pasado casi una hora desde que la sesión informativa comenzó. Ojo Negro está impaciente porque no ve a Garbi por ningún lado. Tampoco Lucas está presente. Recuerda que Garbi, en la mañana, antes de toparse casualmente con él, había estado hablando con algunos informantes en la cafetería. Va allá, se acerca a una muchacha y la saca del trance informativo.

—¿Sabes algo de la chica con la que has hablado esta mañana? —le pregunta.

—No, para nada —responde Monmar, cuyos ojos revelan que es un gato asustado y cuya piel grita que es un ave desplumada.

—¡Cómo que no!

—Ni la conozco.

—Y entonces, ¿de qué hablaron?

—Pues nada. Estaba buscando a un tipo. Dijo que era uno alto, delgado, desaliñado...

—Vuelve a tu lugar —dijo Ojo Negro empujándola.

Durante unos minutos más se dedicó a prestar atención a la información que debía discutirse. Corrigió algunos datos que unos informantes aportaban, pero siempre vol-

vían a su mente Garbi y el esperpéntico, que tampoco estaba. De inmediato trataba nuevamente de concentrarse y de consagrarse a los datos, sin embargo era inútil. Quería estar en otro lado.

Ojo Negro se disponía a salir del salón. Se dirigía al único lugar en el que los había visto interactuar. Caminó de prisa, pero justo en la entrada lo detuvo uno de los tirantes.

81

—No me digas que tienes que salir —dijo Agustí—. Estamos por transmitir datos.

Agustí también parecía impenetrable. Infundía un respeto tal que él parecía una roca y Ojo Negro polvo.

—Tengo que...

—Por favor regresa a tu lugar.

—Pero es que...

—Pero es que nada.

—¡Escuche! ¡Faltan informantes! Dos, para ser preciso.

Ojo Negro quería imponerse ahora, por lo que levantaba la voz y empuñaba las manos.

—Lo sabemos —le respondió Agustí—. Tú sabes que aquí nada se nos escapa, absolutamente nada.

Un minuto.

Tantos personajes por escoger, pensó rápidamente Garbi.

Temblaba un poco y no podía sostener el libro.

82 —Prueba con el mago —dijo Lucas acercándose, a punto de soltar una risa.

—Yo puedo sola —contestó Garbi tajante y sudando todavía a mares.

—OK. Supongo que entonces todos nos encerramos aquí, perdemos el control y nos quemamos con la batería.

Treinta segundos y contando.

Lucas se recostó cerca de ella. Parecía muy seguro.

—¿Segura que puedes sola? —preguntó con sorna—. No has podido en casi una hora.

—¡Cállate!

Veinte segundos.

—No sé. No tengo ganas de callarme.

—Queda muy poco tiempo —indicó ella de pronto y con seriedad—. Necesito que me digas cómo ganar.

—Tal vez otro día —respondió Lucas mientras quitaba la batería y la conectaba a su cuerpo—. Dame el libro —pidió a continuación, quitándose de las manos y apagándolo—. Tal vez otro día puedas.

—Idiota.

—Preferiría que me llamaras por mi nombre: Lucas —dijo él sin perder la sonrisa.

—Garbi.

Ella también quería sonreír, pero no quería bajar la guardia.



Salvados (por ahora)

Ojo Negro optó por no hacerle caso a Agustí y salió precipitadamente en busca de Lucas y de Garbi. Corrió directo a la biblioteca y entró. Al escucharlo, Lucas tomó a Garbi y le dijo que se escondieran detrás de cierta estantería que evitaba que los múltiples espejos del lugar los reflejaran. Ojo Negro tomó un pasillo incorrecto y eso les dio chance para salir de la biblioteca y dirigirse al salón de carga. Pensaron que habían entrado sin ser vistos y que nadie había notado su ausencia. Ya sentados y cargando información, Ojo Negro tomó a Lucas por el hombro y lo levantó frente a todas las personas.

—¿En dónde has estado? —le gritó.

Los ojos refulgentes estaban de vuelta.

—Aquí —respondió Lucas soltándose—. He estado aquí todo el tiempo.



Ojo Negro podía ver que no había miedo en la cara de Lucas, así que optó por soltar un golpe en el estómago de este. Lucas se desplomó al piso y dejó caer la batería que todavía llevaba consigo.

Garbi se acercó a ayudarlo. Se agachó y sujetó su mano.

—Aquí hay demasiadas personas, imbécil —le dijo a Ojo Negro—. Yo he estado aquí todo el tiempo —dijo después y sentía como si su estómago hubiese sido prendido en fuego.

Algunos tirantes se acercaron y preguntaron qué sucedía. Levantaron a Lucas y pidieron que todo volviera a la normalidad.

—Este tipo ha utilizado una batería sin permiso —manifestó Ojo Negro al tiempo que el bajón de energía se hacía presente en el lugar.

Sin poner mucha atención, los tirantes comenzaron a dirigirse a todos los informantes. En las luces y en el semblante de la mayoría se notaba que, justo ahora, para suerte de Lucas y de Garbi, el bajón de energía comenzaba.

—Jóvenes, por favor, tomen sus baterías —dijo Agustí dirigiéndose a todo el salón.

—¿Sigues pensando en los bajones de energía? —preguntó Lucas, y ahora era él quien dejaba que su mirada se perdiera un poco.

—Claro, todos los días —contestó Garbi, que parecía estar segura de todo, de todos los pasos que estaba por dar.

—Curioso, ¿no?

—Sí, creo que estamos dando vueltas con la información. Ese es el problema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucas, intrigado.

—Qué por primera vez se está abriendo una posibilidad para escapar de este lugar.

—No sé si escapar sea conveniente —expuso Lucas—. No sé ni siquiera quién soy o por qué estoy aquí.

—¿Por qué me dejaste jugar con el libro? —preguntó esta vez Garbi al tiempo que se volteaba para ver al chico a los ojos.

—Considero que tenemos algo en común.

Lucas se sintió un poco incómodo. La mirada de Garbi era penetrante.

—Sabemos muchas cosas del lugar —explicó Lucas.

—También sabemos burlarnos de eso —dijo Garbi.

—Tienes que ayudarme a escapar.

—Tienes que ayudarme a entrar en el archivo de identidades.

—Debiste dejar que terminara el juego.

Su voz era ahora pausada, como si no quisiera lastimar el ambiente con el ruido. Caminaba muy cerca de Lucas.

—Claro, ahora olvidémonos de que me suplicaste que te dijera cómo ganar —replicó Lucas.

Él también había cambiado su tono de voz, pero no podía evitar el sarcasmo.

—Sí, pero debiste dejar que llegara hasta la última instancia.

—Bueno, solo faltaban diez segundos. Me parece que a eso se le puede llamar última instancia.

Garbi y Lucas caminaban a la par de Ojo Negro después del incidente en el cuarto de recarga. No tenían rumbo fijo, y el tiempo libre en el Cubo daba una sensación parecida a dar vueltas en un desierto. Claro, era mejor si se estaba acompañado.

—¿Has tenido problemas con Ojo Negro?
—preguntó Garbi de pronto.

—Algunos —contestó Lucas dudando y evitando la mirada.

—Puedes contarme.

—Nada del otro mundo —dijo—. Te lo aseguro. ¿Y tú?

—Sí, me incomoda bastante —confesó Garbi—. Huyo cada vez que lo veo.

—Es desagradable, ¿no?

—Es como si tuviera una peluca llena de aceite.

—Y un animal muerto como barba.

Los dos rieron suavemente y caminaron un poco más.

—¿A la misma hora mañana? —sugirió el muchacho.

—Sí, a la misma hora.

—Y, quién sabe, tal vez algún día puedas ganar el juego.

—O tal vez tú algún día ya no juegues.



Se despidieron entonces para cumplir con sus tareas nocturnas: datos y más datos que procesar para poder empezar un nuevo día con una charla en el salón de carga. Sin embargo, podría ser que ahora, para ellos dos, ya no fuera tan aburrido. El día terminó con un poco de frío. Ya no se generaba la misma energía que antes. Los tirantes sabían que tenían que hacer algo para arreglar cualquiera que fuera la falla que estaba afectándolos.



Hay que tomar cartas en el asunto

—Les digo que algo se traen entre manos, lo puedo asegurar —expresó Ojo Negro, que caminaba en círculos, ansioso, pensativo.

—No creo que exista algo valioso que averiguar, —le respondió Agustí con una seguridad en su cara tan sólida como una pared.

La sesión había comenzado. Todos los tirantes estaban allí. Ojo Negro los había convocado para discutir acerca de una situación que él consideraba peligrosa.

—No veo el porqué de la alarma, Ojo Negro —decía Albuero, uno de los más antiguos en el Cubo, ciertamente el que mostraba más serenidad en ese momento—. Hemos visto que lo único que estos dos informantes tienen es una relación de amistad. No creemos que eso atente contra nuestros intereses o los de este lugar.

—Yo estoy de acuerdo —decía Agustí—. Sé que soy apenas el miembro más nuevo, pero, ya les digo, los he visto interactuar y, de verdad, creo que no hay razón para pensar que esos dos comportan una amenaza.

—No acatan las órdenes —argüía Ojo Negro—. En estos momentos en que sufrimos pérdida de energía necesitamos de la recarga informativa, del esfuerzo de todos, del compromiso de todos.

—Bueno —dijo Albuero—. Creo que eso es lo único que podemos reprocharles a esos dos muchachos: que no estén comprometidos totalmente con la causa y también que por eso nos falte energía.

—Yo creo que están explorando cosas distintas —conjeturó Agustí—. Y usted sabe que todos los que hemos explorado cosas distintas estamos aquí. No sé. Incluso podríamos considerarlos para que un día suban a este salón con nosotros.

—No lo creo —protestó Ojo Negro—. Yo creo que no son suficientemente astutos.

—Yo no estaría tan seguro —manifestó Albuero.

—Yo tampoco —secundó Agustí en una postura que hacía pensar en la estatua de un guerrero que pronto cobraría vida para acabar con sus enemigos.

—Podemos esperar unos día más —propuso Albuero—. De todas maneras, ya sea que nos impresionen o que se metan en problemas, el día que tenemos que cambiar de informantes está por llegar. E igual que los demás, estos caerán en el olvido para dejarnos la energía y su información refrita.

—Creo que es prudente dar ese tiempo, considerarlos —evaluó Agustí.

—Yo no creo que ustedes entiendan la magnitud de los problemas que esos dos pueden crear —hizo ver Ojo Negro.

Su tono era burlón. Su cuerpo se encontraba listo para cualquier respuesta o para imponer orden.

—¡Ya cállate! —dijo Agustí.

—El que se tiene que callar eres tú —lo desafió Ojo Negro acercándose a él.

—Calma —dijo Albuero colocándose en medio de los dos—. Ni los reprimiremos ni los dejaremos a su suerte.

Alburo se dirigió entonces a todos los demás que habían presenciado la reunión. No dejaba del todo ese tono conciliador.

—Creo que todos se han dado cuenta de lo que sucede, así que ahora tendrán que tener mucho cuidado y prestar mucha atención a estos dos informantes. Es muy importante.

—Veremos qué pasa —refirió Agustí.

—Ya lo creo —dijo Ojo Negro.

—Bien —dijo Alburo—. Damos la sesión por terminada. Vuelvan todos a sus tareas. Menos tú, Agustí. Quédate por favor.

Los tirantes comenzaron a salir. Poco a poco la tensión en el cuarto disminuyó y el silencio llegó. No por mucho tiempo, claro está.

—Mira, Agustí. Tenemos que hablar de la pérdida de energía, de los bajones, de su origen. Bien sabes que hay que corregirlos.

—Lo sé —dijo Agustí—. Podemos hacer algo.

—OK —dijo Garbi poniendo sus manos sobre los hombros de Lucas—. Tienes que cerrar los ojos y concentrarte.

—Está bien —accedió Lucas, quien luego respiró profundo y comenzó a proyectar colores en su mente.

Lucas y Garbi compartían el tiempo todas las mañanas después de la recarga de energía. Aunque los bajones se seguían dando, casi ninguno de los dos utilizaba las baterías. Solo lo estrictamente necesario como para que nadie se diera cuenta de que no se conectaban.

A veces se topaban con Monmar y su banda de informantes, pero no pasaban del saludo. Desde que Ojo Negro los había interrogado, ellos ya no querían trabar palabras ni con Lucas ni con Garbi ni con nadie más que con su manada.

En el salón de carga la situación era parecida. Dejaban que cargaran sus datos, pero nadie los saludaba ni preguntaba nada. Simplemente estaban allí para hacer su tarea y completar las recargas. Eso era todo.

En el transcurso de los días, las cosas empeoraron. Los datos de las baterías que ellos

recibían eran distintos a los de todos los demás, y el cuarto de carga no podía hacer mayor cosa.

Cada vez era mayor el tiempo que Lucas y Garbi pasaban juntos después de las recargas. Fue entonces cuando comenzaron a discutir acerca de la energía, de cómo generarla y de cómo utilizarla. Fue por esos días cuando comenzaron a confiarse muchas cosas más.

98

—¿Por qué te importa tanto saber de dónde vienes? —preguntó una vez Garbi en la biblioteca, mientras manipulaba un dispositivo electrónico.

—Sé de dónde vengo —le respondió Lucas, relajado, sentado junto a Garbi—. Bueno, tengo un vago recuerdo de cuando era niño, pero más allá de eso no sé quién soy.

—¿No crees que podríamos averiguar si nos vamos de aquí?

—No lo creo —consideró Lucas—. Entre los pocos recuerdos que tengo de niño está el de que bloqueaban cada intento mío de dibujar en papel.

—¿Hablas de los colores y las cosas que proyectas en tu cabeza?

—Sí, de eso —confirmó Lucas acomodándose en el sillón—. Del lugar en el que vivía recuerdo cómo las personas me quitaban todos los dibujos que yo hacía. También me acuerdo de que recibía algún golpe cuando insistía en robar hojas y en dibujar todavía más.

—Pero, igual, no creo que todo allá afuera sea exactamente como antes. Tal vez existan otros lugares adonde ir.

—No lo sé, Garbi. Preferiría saber quién soy primero —dijo Lucas aplastando y estirando su cara con sus manos— y quizá después partir.

—OK. Abre los ojos.

Garbi sostenía a Lucas de los hombros. Aprovechaba otra vez un momento de silencio en la biblioteca.

—Listo.

Lucas parecía como si hubiese estado en perpetua oscuridad y de pronto hubiese visto un arcoíris.

—¿Tienes frío?

—Un poco —contestó Lucas sacudiéndose—. Es tu turno.

—¿Qué tengo que hacer?

—Cierra los ojos —pidió Lucas—. Yo te ayudo.

—OK. Cerrados.

—Tienes que comenzar con un color base, el que quieras.

—Hecho.

—Bien. Ahora tienes comenzar con algo simple: coloca figuras geométricas de muchos colores.

—Hecho.

Garbi movía sus manos como dibujando figuras en el aire.

—No las pierdas de vista.

Lucas hablaba suave. Estaba inmóvil.

—OK, OK.

—Ahora cámbialas de color. Muévelas.

—OK, OK.

Lucas tomó las manos de Garbi y juntos comenzaron a deslizarse como si estuviesen patinando en el aire.

—Cámbialas. No pierdas la imagen inicial.

—Espera. Espera.



—Cámbialas. Solo deja que las cosas se muevan suavemente.

—Espera.

—Colores, formas, colores, formas, colores, formas, colores...

Garbi soltó las manos de Lucas.

—Lo perdí.

Las mejillas de Garbi cambiaban de colores como en una explosión de sensaciones.

Dejaron que el silencio los rodeara. Los dos ahora sabían jugar con las imágenes, desviarse de lo estipulado, de lo dado, de aquello de

lo cual nadie podía salirse hasta el momento. Garbi sintió una conexión más fuerte. Pensó que Lucas tendría que decir algo más allá de la energía y de los datos. Deseaba que lo hiciera.

—¿Por qué quieres irte? —preguntó Garbi.

—Sencillo: aquí estamos perdiendo el tiempo.

102

Garbi no podía creerlo. Tal vez este sería su último tema. Decidió darse la vuelta y no dirigirle la mirada.

—Hay algo más. Te estás escondiendo detrás de ese disfraz de invisible —dijo Garbi.

—¡No me escondo!

—Claro que sí. Todos se esconden. Todos tenemos algo que esconder.

Lucas se levantó y caminó hacia una de las estanterías de la biblioteca.

—Sería bueno comenzar de nuevo, ¿no crees? —dijo Lucas—. Sería bueno retomar eso mágico que está allí dentro de nuestras mentes.

—Si salgo de aquí, estoy seguro de que puedo volver a comenzar.

—¿Qué tal si al salir de acá no solo comienzas, sino que te olvidas de freír información?

—Te lo digo. Afuera todo puede ser distinto. Todo puede sentirse vivo. Y podemos explorar, de verdad, todo lo que quieres conocer y comprender.

—Necesito que me ayudes a saber quién soy —pidió Lucas.

—Pero tenemos que salir de aquí —contestó Garbi—. Lo antes posible.

Garbi suspiró y se cruzó de brazos. Tal vez su historia no daba para nada más.



A implantar

Ojo Negro y los demás tirantes los perseguían por todos lados. No les impedían hablar, pero se les aparecían por todas partes. No había mucho espacio para pensar. Así que Lucas y Garbi idearon un plan: durante tres días (tiempo que propuso Lucas) estarían hablando por medio de la red que interconectaba a los informantes. De momento la red estaba caída, pero Garbi, con sus conocimientos, podía activarla y mantenerla funcionando por lo menos durante unas horas en la noche, cuando nadie les prestaba atención y se suponía que estarían procesando datos.

Así que, durante el día, a los ojos de los informantes y de los tirantes, Garbi y Lucas eran solo dos chicos normales.

Lucas sabía que el tiempo era justo el necesario. La info que había encontrado decía que

en no más de tres días los tirantes tendrían listo un nuevo ejército de informantes generadores de energía y que así ya podrían deshacerse de los existentes. Las pocas horas eran aprovechadas al máximo.

Garbi construía el programa que se implantaría y Lucas se encargaba de generar y proponer las imágenes que allí se insertarían para que los demás informantes pudieran jugar, pensar, cuestionar.

Al cabo de dos días, el programa funcionaba a la perfección. Cada vez que un informante entrara en el programa, este le proporcionaría imágenes como si fueran piezas de un rompecabezas. Y poco a poco el informante, mientras fuera armándolo y encontrando la figura que se sugería, avanzaría en el programa hasta llegar a la fase final. Esto bastaría, pensaban Garbi y Lucas, para que, al despertar, los informantes estuvieran llenos de dudas y exigieran a los tirantes comentar todo lo que había sucedido.

—El punto cero está en el cuarto de máquinas —dijo Garbi—, justo debajo del servidor.

—¿Tenemos que instalar el programa en el cuarto de máquinas? —preguntó Lucas.

—No, no. Podemos hacerlo desde el salón de recarga. Sin embargo, para poder escapar necesitamos desbloquear la entrada en el cuarto de máquinas. A partir de allí no nos costará nada escapar.

107

—Necesito ver mi información. Lo sabes.

—Si encontramos el tiempo, claro.

—Debemos hacer el tiempo. No me importa cómo.

El tiempo se acortaba. El programa estaba listo. Lucas parecía un remolino solo de pensar en lo que estaban por hacer. Garbi era una roca.

—Cuando el programa haya brindado sus frutos, en ese momento, en el que todos estén en el relajo del salón de carga sin generar datos, podremos entrar en el punto cero. ¿Es correcto?

—Sí, sí —expresó Garbi, aunque esto pareció ser lo único que la hizo pestañear—. Tengo que hacer algo antes.

—De acuerdo. El programa está listo. Yo esperaré conectado.

Los dos se despidieron. El momento se acercaba.

108

Agustí esperaba a Garbi en el cuarto de carga. No había ni una sombra más. El lugar estaba más helado de lo normal y comenzaba a mostrar con mayor intensidad esa tendencia a ser un congelador.

—¿Lo han logrado? —preguntó Agustí.

—Está hecho —respondió Garbi un poco dubitativa.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Agustí.

—Tenemos que decirle.

—No pasa nada. No nos iremos todos.

—No, solo nosotros tres...

—Bueno, si quieres, nos vamos solo nosotros dos.

—No. No me refería a eso —corrige Garbi.

—¿Qué? ¿De pronto tienes sentimientos por los demás informantes?

—Creo que también se merecen una salida.

Las lágrimas parecían asomarse a los ojos de Garbi.

—Ninguno de ellos ha sido lo suficientemente listo como para darse cuenta del refrito informativo —sentenció Agustí—. Ninguno merece salir.

—No estoy tan segura.

—De hecho, he estado pensando en dejar a Lucas.

Agustí estaba serio. No bromeaba.

—¡Lucas viene! ¡A como dé lugar! —se plantó la chica.

—Bien, bien —dijo Agustí—. Pásame el programa. Me encargaré de filtrarlo.

Ojo Negro buscaba a Garbi y a Lucas. Esa noche y las últimas no había sido tarea difícil. Los veía siempre conectados desde sus cuartos. Pasaba rápidamente por estos para inspeccionar y los dos parecían dormir de lo más tranquilos. Es noche inspeccionó primero a Lucas. Nada raro. El tipo dormía en su cuarto. O por lo menos parecía dormir. Para lo que

importaba, Lucas estaba en un lugar desde donde no causaría problemas. Pero Ojo Negro tuvo una corazonada y corrió al cuarto de Garbi. Ella no estaba allí. Buscó en la biblioteca, pero tampoco la encontró en ese lugar. Al salir de la biblioteca vio que, a la distancia, Garbi caminaba rápidamente hacia su cuarto. No quiso seguirla. Después de todo, no podría molestar a esa hora. Sería mejor hacer indagaciones por la mañana. Se dirigió al cuarto de recarga. Caminó en silencio. Al entrar no hizo ruido. Lo que fue perfecto para lo que encontraría allí. En un diván, Agustí estaba conectado al servidor.

Se acercó lentamente y apretó el cable con el que Agustí estaba conectado a las máquinas de ese cuarto. Agustí pegó un gran salto. El bajón de energía fue notable.

—¿Qué haces aquí?

—Terminando de subir las cosas de la lección.

—Todos tienen baterías.

—No importa. Hoy se conectará el servidor normalmente.

—¿Albuero sabe de esto?

—Por supuesto —contestó Agustí acercándose—. Además, ¿quién te crees que eres para cuestionarme?

—Ya veremos mañana.

Los dos salieron del lugar. Se dirigieron a sus habitaciones. Ninguno de los dos podría saber que el programa había sido cargado erróneamente, que estaba incompleto.

111

El silencio y el frío se apoderan del Cubo. Todos duermen. Es el momento cumbre del plan. Garbi y Lucas están conectados. El juego comienza. Una serie de colores y figuras geométricas se posicionan en cada nivel. Garbi y Lucas también están adentro, chequeando cada movimiento.

El programa comienza a funcionar. Registra a todos los usuarios. Cada quien, conforme a su ritmo, completa los distintos niveles. Hasta el momento, el aire dentro del Cubo parece una leve brisa.

Después de unas horas el programa indica un error. La mayoría de informantes están

llegando a un mismo nivel, pero no pueden seguir avanzando. El sistema registra que casi todos encontraron ya la solución correcta, pero aun así continúan atorados, como dando vueltas dentro de un torbellino. Los colores ya no brillan como al principio. Es como si un botón de apagado estuviera siendo accionado lentamente.

Lucas no comprende. Sabe que las imágenes que se colocaron deben brillar igual que en su mente. De hecho, Garbi y él se aseguraron de que los colores estuvieran vivos siempre dentro del juego, de que mantuvieran la atención de todos los informantes. Sin embargo, la llama se apaga cada vez más rápidamente. Lucas había prometido que también jugaría. Pero ya llegó al último nivel y no pasa nada. Es como si todo estuviese estancado, como si el mundo cambiase a un lugar lleno de truenos y oscuridad.

Garbi se desconecta. Necesita llegar al cuarto de carga para ver qué sucedió. Aunque el Cubo ahora se siente más frío, Garbi trata de avanzar por los pasillos como si fuera volando. La programación era correcta, piensa.

Las imágenes habían sido colocadas correctamente. No había razón para que hubiera problemas. Todo estaba en orden.

Lucas prefiere quedarse conectado. Sabe que el programa ha sido diseñado de una manera tal que todo tiene que salir en orden. No hay motivo para temer, aunque ya han pasado un par de horas y todo sigue igual. Piensa en Garbi. Piensa en saber qué será de él mismo, qué ha sido de él.

113

Garbi llega al cuarto de carga. Al entrar, sobre las máquinas que conectan con el servidor está tendido Agustí. Garbi se acerca, pero Agustí parece haber ingerido todo el hielo del mundo.

—¡No! —grita Garbi—. ¡No puede ser!

Se aleja y ve que el programa no ha sido cargado totalmente al servidor. Se acerca y se conecta. Comienza a proyectar algunas cosas y a subir una actualización del juego. No obstante, algo la jala. Algo la hace caer al suelo y deja de nuevo el programa en pausa.

Lucas siente un golpe, como si alguien empujara sus ojos desde adentro de su cabeza. El programa se ha distorsionado y las imágenes

se han ido. Parpadea y siente que un poco de luz vuelve, pero luego el programa se cae y hace que Lucas reciba una descarga en el cuerpo que lo hace estirarse hasta pensar que sus manos van a reventar.

Ojo Negro colocó un pie sobre Garbi.

—No te muevas —le dijo.

114

Se conectó al servidor y sacó un programa normal, parecido al de la batería de datos que todos portaban. El programa estaba sobrecargado con información. Tenía la suficiente como para saturar el cerebro de los informantes por años de años dentro del Cubo. Todo suelto en un par de minutos bastaría para acabar con todos.

Subió el programa y lo dejó funcionando.

—Bien —dijo—. Nadie tiene acceso al punto cero, solo tú y yo, así que vamos. Esperarás allí un momento y, por supuesto, me ayudarás con el cuerpo de Agustí.



Corre; ya casi estás allí

Lucas sentía como si su ojo fuera a dispararse por los aires. Caminó tan aprisa como pudo. Sentía como si el aire frío que respiraba se apoderaba de sus huesos. Conductos de aire tirados por todos lados. Algunos informantes no habían logrado llegar al cuarto de carga. Llegó a la biblioteca, pero todos los espejos y todas las estanterías estaban rotos y comenzaba a formarse hielo encima de las cosas. Resbaló un poco en el piso. Logró acomodarse en una estantería que permanecía de pie y presionó su mano fuertemente contra su ojo. El dolor ahora iba hacia adentro y rebotaba dentro de su cabeza como un insecto atrapado buscando una salida.

—Energía, datos, batería... —recordó—. Garbi siempre decía que, aunque fueran refritos, allí se podían esconder cosas interesantes.

Se dirigió al cuarto de archivos. La clave era la misma y pudo entrar con facilidad. Pero las cosas adentro también ya comenzaban a congelarse y no podían ser manipuladas. Lucas se percató con tristeza de que solo allí podría estar la información que lo haría entender quién era, de dónde venía.

116

Por alguna razón seguía pensando en Garbi y en lo que ella había dicho de las baterías. ¿De qué podría servirle ahora una de estas si no era más que para freír? Descansó apoyando sus manos en una pared. Su ojo le dolía un poco más, pero el joven había decidido ya no tocárselo.

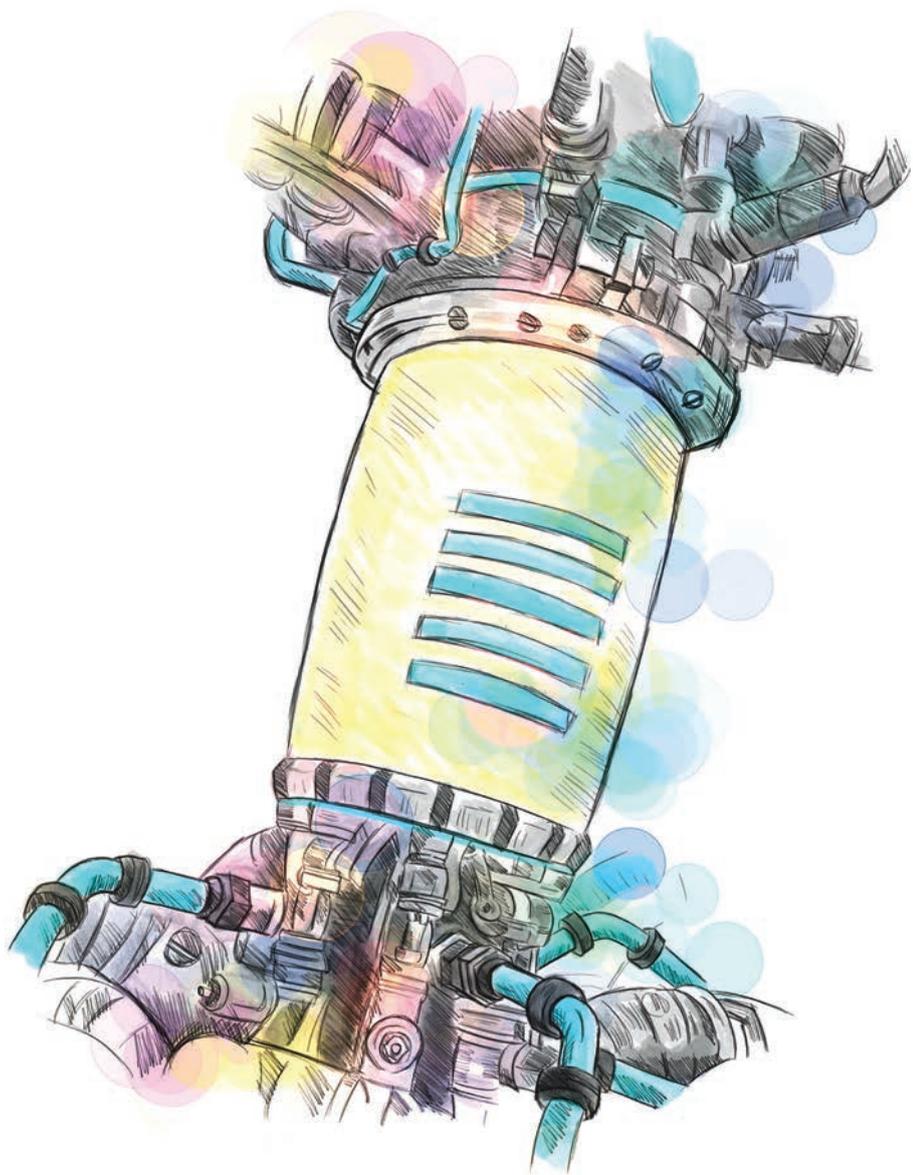
Solo quedaba una opción: ir al cuarto del servidor principal, al punto cero.

Dio vuelta al final del pasillo para dirigirse hacia allá. Sin embargo, cuando comenzó a apurar el paso, sintió cómo los tirantes que estaban vivos comenzaban a perseguirlo.

—¡Rápido, rápido! —pensó—. ¡Necesito entrar!

Avanzó un poco más y dobló en el último pasillo. Tendría unos segundos para pensar.

—¡La batería! —se dijo.



Accedió a los datos que había en ella y se dirigió a la central de programación del aparato. Allí pudo ver una carpeta con su nombre. La abrió y se topó con un mensaje: «Códigos que te hacen falta. ¡A ver si ahora tú puedes ganar el juego!». Allí, entre otros códigos, como los de acceso a los archivos, estaba el de acceso al cuarto del servidor.

Corrió a otro pasillo y por fin llegó al cuarto que escondía el punto cero. Abrió la puerta con el código. Garbi estaba allí, atada, recostada en una esquina. Lucas sintió un golpe que le hizo apretar la mandíbula como si quisiera morder metal. Cayó al suelo.

—Bien —repuso Ojo Negro—. Las baterías están listas. Exactamente cinco minutos de carga.

La chica lo observaba desde la esquina casi sin fuerzas.

—No me digas que pensabas escapar con Agustí —dijo ahora el informante—. No me digas que no te habías dado cuenta de que él

escaparía solo, sin ti y sin este esperpéntico. O con lo que queda de él.

Garbi no decía nada. Se encontraba muy débil y no podía más.

—La energía del Cubo está casi por terminarse. Pronto todo entrará en estado de hibernación y nadie podrá recargarlo —dijo Ojo Negro—. Bueno, en realidad quedaría en estado de hibernación, pero no podíamos darnos ese lujo, ¿no? Así que aquí se quedarán los dos, con estas baterías. Con la explosión que desarrollará el servidor principal será suficiente para impulsarme por la salida y desatar una reacción en cadena que acabará definitivamente con el lugar.

119

Garbi comenzó a pronunciar algunas palabras.

—No me digas que ahora quieres hablar —manifestó Ojo Negro—. Bueno, veamos. Que sean tus últimas palabras.

Ojo Negro se acercó y se agachó junto a Garbi. Tocó su cara suavemente y le dio un beso.

—Cinco segundos —le susurró Garbi al oído.

Los ojos del informante se abrieron como si fueran dos paracaídas. Garbi le metió dentro del traje, por el cuello, la batería que había llevado consigo desde el principio. Luego corrió y se acurrucó junto a Lucas, detrás de un mueble.

De Ojo Negro no quedó nada.

120

—¡Lucas, despierta! —dijo Garbi a la vez que empujaba el cuerpo de Lucas—. ¡Tienes que irte!

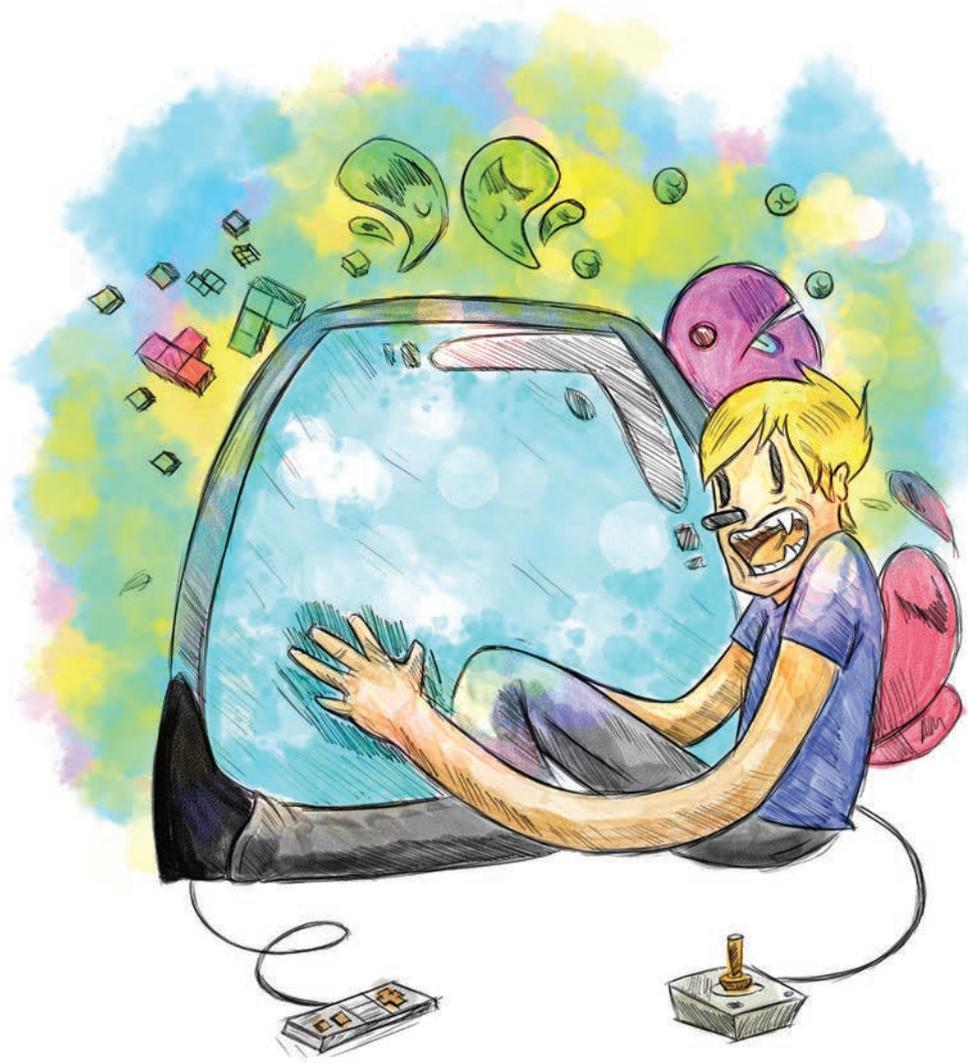
Lucas estaba adolorido. Su cabeza y su ojo palpitaban como si fueran corazones.

—¿Irme? —expuso Lucas, un poco desorientado todavía por el golpe.

—Ya casi no hay energía, Lucas —le hizo ver Garbi—. Solo una persona puede irse. Lo he escuchado. Lo sé.

—Vete tú entonces —le contestó el muchacho—. A mí no me interesa lo que sea que haya allá afuera.

—Afuera lo averiguarás. Te lo prometo —repuso Garbi—. Aquí todavía quedan muchos informantes y deben saber lo que sucede cuanto antes. Debo ayudarlos y después saldremos todos juntos de aquí.



—No me iré sin ti.

—Es un poco tarde para algo así, ¿no crees?

—dijo Garbi con un sonrisa, apretándole las manos.

Los dos caminaron hacia el punto cero. Era una puerta inmensa. Al abrirla, un portal esperaba. Lucas no soltaba las manos de Garbi y caminó para que los dos pudieran entrar.

122

—Espera —dijo Garbi.

Soltó sus manos y se dio la media vuelta.

Lucas caminó un poco y se acercó al portal. Al dar la vuelta solo vio venir a Garbi, que se abalanzó contra él con todas sus fuerzas.

—Estaremos conectados —le prometió Garbi mientras el cuerpo de Lucas se perdía en el portal.

Un chico despierta en un cuarto casi oscuro. No tiene frío. No siente dolor. Al fondo no hay nada más que una computadora. Una luz tenue sale de la pantalla de esta. El chico se acerca, apresurado. Un juego de piezas de colores parece ordenarse antes sus ojos.

Alguien está intentando comunicarse con
él.

FIN

Diego Ugarte

Autor

Nacido en Guatemala, en 1987, es escritor. Ha trabajado como editor y autor en Editorial Santillana desde 2013. Ha publicado las novelas *Yo, artista* (F&G Editores, 2013) y *¿Cuándo vendrá el abuelo?* (Loqueleo, 2015). Estudia la licenciatura en Comunicación y Letras en la Universidad del Valle de Guatemala.

Mynor Álvarez

Ilustrador

Nació en la ciudad de Guatemala en mayo de 1986. Actualmente es ilustrador, diagramador, infografista y diseñador 3D en una agencia de publicidad. Su trabajo personal ha sido publicado en periódicos y galerías nacionales. Obtuvo una mención honorífica en la UNESCO con una infografía sobre periodistas y sus riesgos. Ha participado en la ilustración de tres libros de la editorial Loqueleo y en infografías para editorial Santillana.

Índice

Al final del juego (tal vez)	7
¿Dónde estamos?	15
Recuerdos.....	21
En la búsqueda	27
Tengo que saber	31
Días antes del juego final	43
El tiempo se acorta.....	47
El lugar del silencio	51
Un tipo alto, algo desorbitado	61
¿Jugamos?.....	69
Salvados (por ahora).....	85
Hay que tomar cartas en el asunto	93
A implantar	105
Corre; ya casi estás allí	115



Otros títulos de la serie juvenil

Anne Thomae

De cómo me fui a todas partes

Stefany Bolaños

La odisea del Atlántico

Denise Phé-Funchal

La habitación de la memoria

Antonio González

Las cartas de la tía Fagot

Alejandro Sandoval

La Ciudad de las Curvas

César Yumán

La Ciudad de los Peces

Stefany Bolaños

El viaje de Ariana

José Roberto Leonardo

Guille los tropiezos

Alfonso Guido

Andrés y las sandías

Martín Díaz Vadés

El prodigioso del acantilado

Stephanie Burckhard

Guardarobot

Diana Benítez Paucar

¡El bus está lleno!

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.



ISBN:978-99-297-2332-0

www.loqueleo.com

Tras pasar cierto tiempo atrapados en las redes informáticas en El Cubo, Lucas y Garbi llegan a la conclusión de que es el momento más oportuno para dejar atrás el tedio del día a día y comenzar a buscar una salida. No obstante, no solo del mundo físico, sino de las ideas repetitivas y nada creativas que se esconden en las continuas descargas de información que reciben en sus cerebros. Sin embargo, el mundo que desean abandonar tiene sus reglas y sus guardianes, y estos no querrán por nada del mundo que los chicos vayan más allá de las ideas refritas.